

Jornadas Platenses de Geografía

XX Jornadas de investigación y de enseñanza en Geografía

Disputas geopolíticas en la periferia rusa: Ucrania en el centro de la escena<sup>1</sup>

Prof. Gustavo Gastón Pérez

Departamento e Instituto de Geografía

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de La Pampa

[gustavoperez24@gmail.com](mailto:gustavoperez24@gmail.com)

Mesa 5: Los análisis geopolíticos y económicos en la era Trump en las diversas escalas y lugares.

Resumen

En el contexto de un multipolarismo del que ya no quedan dudas y un declive de la hegemonía estadounidense, periodo de unipolaridad que caracterizó a la posguerra fría en la transición de los siglos XX y XXI, se avizoran reposicionamientos de los Estados a nivel regional y global. La periferia rusa es escenario de enfrentamientos que demuestran las disputas de intereses entre la Federación de Rusia y el bloque occidental representado por los Estados Unidos (EE.UU.) y la Unión Europea (UE). En este sentido, Ucrania se ha convertido en el centro de las luchas geopolíticas entre un expansionismo europeísta y los intentos rusos por mantener bajo su esfera de influencia a un actor clave en el armado geoestratégico de la región. Líder de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), EE.UU. también ha reafirmado sus intereses en esta área de encrucijada que constituye el espacio postsoviético. Como afirmó el destacado internacionalista brasileño Moniz Bandeira (2017), “Estados Unidos, preocupado por el renacimiento de Rusia como potencia, intentó obstaculizar el restablecimiento de su hegemonía en el ámbito euroasiático” (p. 183).

---

<sup>1</sup> Este trabajo constituye una revisión, actualización y ampliación de la ponencia “El conflicto de Ucrania: tensiones y cambios en el mapa geopolítico mundial”, presentado (2015) y publicado (2016) en el marco del V Congreso Nacional de Geografía de Universidades Públicas, desarrollado en la ciudad de Neuquén (UNCo).

El objetivo del artículo es, entonces, indagar sobre la dinámica territorial del conflicto de Ucrania en el marco de las tensiones geopolíticas y los enfrentamientos de intereses entre los bloques de poder. Desde el punto de vista metodológico, se propone el análisis bibliográfico de diversas posturas y perspectivas analíticas con el propósito de comprender las transformaciones en las relaciones internacionales y en el mapa geopolítico mundial.

Palabras clave: Geopolítica – Multipolarismo – Conflicto de Ucrania – Rusia – EE.UU.

## 1. A MODO INTRODUCTORIO

### 1.1 Contexto de las disputas geopolíticas

La dinámica territorial del conflicto de Ucrania se enmarca en un cuadro de tensiones y enfrentamientos de intereses entre bloques de poder. Si bien el año 2013 puede ser señalado como el inicio de las tensiones en Ucrania, que precedieron a un enfrentamiento armado con características difusas y complejas que, con altibajos permanece hasta la actualidad, los orígenes deben situarse temporalmente con anterioridad. El conflicto desatado en la República de Ucrania, que tuvo su escalada en la anexión de la península de Crimea por parte de la Federación de Rusia y en la autoproclamación de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, se encuadra en el contexto de una fuerte lucha de poder e intereses entre las potencias hegemónicas del mundo contemporáneo.

Los años posteriores a la crisis financiera global desatada en 2008 ha consolidado un cambio de rumbo en las relaciones internacionales, caracterizado por un estancamiento y declive relativo de Estados Unidos y la Unión Europea (UE), la consolidación de China como nueva potencia económica global y el resurgimiento de Rusia en el escenario geopolítico mundial, reflejado en su mayor presencia en una región de influencia directa, localizada entre el este europeo y Asia centro-oriental. En este sentido, las relaciones geopolíticas a nivel mundial se encuentran en transformación, en un contexto de fuerte presencia de Estados emergentes y alternativos a la “hegemonía occidental” en el concierto internacional, liderados por China, y secundado por Rusia, entre otros. Asimismo, las intenciones de la UE y de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) de expandirse hacia el este europeo y cercar económica y

geopolíticamente a Rusia contribuyeron al enfriamiento de los vínculos y el incremento de las diferencias entre las potencias hegemónicas.

En el mundo académico, aunque con discrepancias propias de los abordajes en ciencias sociales, existe cada vez mayor coincidencia en señalar el advenimiento y la consolidación de una nueva etapa en las relaciones políticas internacionales. Este jalón de la historia reciente se caracteriza por un proceso de multipolarismo, entendido como un escenario caracterizado por un mayor equilibrio en la distribución del poder entre los Estados, la mayor presencia geopolítica del denominado G-20 y el bloque BRICS (acrónimo de los países que lo componen que integran Rusia y China junto a Brasil, India y Sudáfrica), y el fortalecimiento de instituciones políticas de índole global.

La situación en Ucrania se inscribe claramente en este nuevo entramado geopolítico, de enfrentamientos bélicos indirectos entre las potencias y bloques de poder. Estos enfrentamientos, no siempre bélicos, incluyen también elementos típicos del *soft power* (concepto acuñado por Joseph Nye) como la capacidad de persuasión y la imposición de determinadas condiciones y reglas de juego por parte de las potencias.

La geopolítica, en su acepción crítica, ampliamente difundida en la actualidad, nos otorga elementos teóricos y epistemológicos que posibilitan el acercamiento a la comprensión de los conflictos actuales en clave de las relaciones entre el poder(es) ejercido por diferentes actores (los más importante los Estados nacionales, pero no los únicos) y el espacio geográfico (y sus abordajes a través de los conceptos de territorios y territorialidades). Esta relación implica comprender que el poder en el plano de las relaciones internacionales se halla fragmentado, aunque de manera desigual y desequilibrada, en diversos actores sociales e institucionales. Y estos actores no son solo los Estados nacionales o la organización mundial que los nuclea (ONU), sino también agentes económicos como las grandes corporaciones transnacionales, los bloques de integración regional (como la UE), organismos de índole militar (OTAN), potencias emergentes, grupos territorializados como los sectores separatistas, entre otros actores.

Las contiendas actuales no solo involucran a entidades estatales sino que también intervienen nuevos actores, constituidos por grupos y movimientos de alcance regional que exceden las fronteras de los Estados. De modo tal, que estos procesos expresan una mayor complejidad en el sistema global de alianzas ya que al factor geopolítico de las relaciones internacionales debemos incorporar las dimensiones políticas, económicas, étnicas, religiosas y culturales. Por lo tanto, esta multiplicidad y diversidad de variables

otorga una gran incertidumbre sobre el tablero geopolítico mundial en el inicio del nuevo siglo.

## **1.2. Los aportes de la geopolítica**

La concepción de geopolítica, en su acepción clásica, y como tal acuñada en 1900 por el sueco Rudolf Kjellén, poco tiene que ver con la geopolítica crítica avalada contemporáneamente por quienes desarrollan sus investigaciones bajo las perspectivas teóricas, metodológicas y epistemológicas de un nuevo paradigma interpretativo.

Aunque debe reconocerse que coexisten diversos enfoques de lo que llamamos geopolítica como disciplina. De hecho, su resurgimiento en la década de 1970 de la mano de Yves Lacoste, ha dado paso a nuevos métodos y teorías, que llegan hasta el día de hoy a perspectivas propias de los espacios periféricos, como América Latina, por ejemplo, a partir de los aportes de Milton Santos hasta Aníbal Quijano, González Casanova, Jaime Preciado o Heriberto Cairo, por solo mencionar algunos autores que proporcionan herramientas que posibilitan abordajes geopolíticos.

Según Juan Agulló y Mónica Bruckmann (2018), podemos concebir a la geopolítica en la actualidad como un campo de problematización que ha superado ampliamente visiones deterministas que la acercaban conceptualmente a una geografía de tipo positivista a inicios del siglo XX. No es propósito de esta ponencia desandar la genealogía conceptual y epistemológica de la geopolítica, simplemente presentar algunos elementos interpretativos que nos aporten herramientas para abordar el conflicto en Ucrania en el marco de un proceso de multipolarismo en las relaciones internacionales.

La geopolítica requiere, necesariamente, abreviar en diversas ciencias sociales (geografía, historia, ciencias políticas, relaciones internacionales, derecho, economía, sociología, entre otras). Es decir, que como campo de problematización precisa de análisis e intervenciones complejas e interdisciplinarias, cuyas herramientas conceptuales permitan abordar las relaciones entre el poder y el espacio geográfico como totalidad. En este sentido, las relaciones de poder entre los diversos actores e instituciones en el espacio serán los clivajes para los abordajes de procesos, tensiones y conflictos en clave geopolítica.

En sus orígenes, hacia fines del siglo XIX, la geopolítica constituía un instrumento de acción al servicio de los Estados, en contextos de avance imperialista de las potencias de entonces sobre las áreas periféricas respecto al ámbito occidental. Ejemplo de ello,

fueron los aportes del británico sir Halford Mackinder, cuyos postulados contenían la premisa de mantener al Imperio británico en su apogeo a partir del dominio, control e influencia de vastas áreas del globo. Por lo tanto, el pensamiento geopolítico clásico, asociado a la geografía, estuvo subordinado a los intereses del poder estatal, ligado a las experiencias coloniales y a los discursos militares y administrativos. De allí que los campos castrense y estatal fueran sus referencias ineludibles.

Un punto de ruptura fue el desprestigio alcanzado por la geopolítica durante y con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Es que la utilización que Hitler realizó de los postulados de Karl Haushofer, justificaron su política exterior expansionista. El espacio vital o *lebensraum*, fue un concepto acuñado por el prusiano Haushofer, del que Hitler abrevó para su anexión sobre los territorios germano-parlantes en 1938, en los preludios de la guerra. La geopolítica institucionalista al servicio de los poderes estatales daría paso en los '70 y '80 a una geopolítica crítica como herramienta de comprensión de la realidad social y política. Asimismo, abriría su campo a otras problemáticas, y a diversas escalas metodológicas de análisis, como la apropiación de los recursos naturales, la transformación de las sociedades, los fenómenos migratorios, las redes económicas, comerciales y financieras en el contexto de la Globalización, la relación entre una multiplicidad de sujetos sociales, además de sus abordajes tradicionales vinculados a los conflictos.

Más allá de este breve repaso por algunas consideraciones acerca del campo de conocimiento denominado geopolítica, lo cierto es que en la imaginación geopolítica moderna, ya se ha superado la matriz analítica “estado-céntrica” (Agnew, 2003), incorporando nuevos agentes económicos y sujetos sociales a las interpretaciones, ante “la emergencia de una sociedad global en la cual los estados deben compartir su poder con otro tipo de actores” (Agnew, 2003, p. 59). De todas maneras, no puede obviarse el peso específico que aún poseen los Estados nacionales como intérpretes primordiales en las problemáticas y conflictos actuales.

## 2. TENSIONES GEOPOLÍTICAS EN UN MUNDO MULTIPOLAR

### 2.1. Un nuevo orden mundial: el “multipolarismo relativo”

En un contexto planetario signado por la complejidad de las relaciones internacionales y el proceso de globalización, con una cada vez mayor incidencia de los capitales financieros globales en la toma de decisiones políticas y económicas, el mundo se dirige

hacia un estado de cosas caracterizado por un “multipolarismo relativo” (Narodowski y Merino, 2015), perspectiva que se comparte en este trabajo.

El orden mundial de la post Guerra Fría que consolidó en Estados Unidos, el poder del paradigma hegemónico, se cuestiona en este nuevo siglo tanto desde perspectivas críticas hasta por los sectores más tradicionales y conservadores de la política exterior estadounidense. Ricardo Méndez, uno de los más prolíficos autores españoles en materia de geopolítica y geografía económica, sostiene que la estructura cambiante del sistema mundial demuestra que el siglo XXI se orienta hacia la consolidación de un orden “calificado de forma genérica como multipolar” (Méndez, 2011 p. 207), que conlleva al desvanecimiento de la idea de la superpotencia americana. Este proceso daría paso a “que diversas potencias con un poder equiparable compitan y colaboren en una situación próxima a la del equilibrio de poder [...]” (Méndez, 2011, p. 208).

Méndez, cita al controvertido Henry Kissinger, quien asevera que “pese a la apariencia temporal de hegemonía, el poder estadounidense –militar y económico- tendía a reducirse en términos relativos ante el surgimiento de potencias emergentes” (Méndez, 2011, p. 208). Esas potencias serían, a criterio de Kissinger, además de Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia e India. Claramente, este análisis del ex Secretario de Estado en la década de 1970, abrevia en la discutida, y al mismo tiempo muy difundida, tesis de S. Huntington (1997) sobre el “choque de civilizaciones”.

Sin embargo, retomando el análisis de Narodowski y Merino, encontramos elementos muy relevantes al momento de abordar la realidad geopolítica actual. Los autores determinan la incipiente consolidación de un multipolarismo relativo o “unipolarismo condicionado” por la crisis de hegemonía (hegemonía desde una perspectiva gramsciana) de los Estados Unidos. Potencia que ha sufrido una suerte de “debilitamiento” en varias dimensiones vinculadas al ejercicio del poder, lo que configura un Estados Unidos como polo dominante pero ya no como hegemón global. “Esto significa que más jugadores ponen en juego estrategias en función de sus propios intereses, mientras que el núcleo del poder dominante tiene menos capacidad para impedir dicho juego y encuentra resistencias para imponer sus decisiones” (Narodowski y Merino, 2015, p. 86). Por caso, China, ya posee tasas diferenciales favorables respecto a EE.UU., en los planos económico, tecnológico y militar, traducido en un mayor crecimiento proporcional de su industria militar, o de su mayor presencia en su propia periferia reflejada en disputas territoriales cada vez más evidentes en el teatro del Pacífico.

En este escenario, la Federación Rusa ha cobrado protagonismo en los últimos años más allá de los sucesos de Ucrania, a partir de una mayor visibilización de la Rusia de Putin en los asuntos internacionales. Es cierto que el golpe de la disolución de la URSS para el nacionalismo ruso fue muy fuerte. Perdió casi 5 millones y medio de kilómetros cuadrados de territorios (el tamaño equivalente a dos veces la Argentina continental) a partir de la escisión de 15 repúblicas independientes, millones de habitantes de habla rusa que quedaron fuera de sus fronteras y con un PBI cercenado a la mitad, sumiéndose en una profunda crisis económica, política y social. En su artículo “Rusia regresa a la escena internacional. En busca de un nuevo orden mundial”, el doctor en Ciencias Políticas, Jaques Lévesque, manifiesta que con el asilo otorgado a Edward Snowden, experto en informática estadounidense que filtró documentos de la Agencia Nacional de Seguridad, y su intervención en el conflicto sirio, Moscú intentó recuperar un lugar en el orden internacional postsoviético. Es cierto también que el interés en Siria radica en que el régimen de Al-Assad es un gran comprador de armamentos ruso y en la instalación militar que Rusia mantiene en Tartus, en pleno mar Mediterráneo (Lévesque, 2013). Los últimos sucesos en Siria, tras la reconsolidación de Bashar al-Assad en el poder, ratifican una mayor presencia rusa en la reconstrucción de infraestructura en el país asiático más las perspectivas de una ampliación de su presencia en el Mediterráneo sirio en términos militares.

Ante estas circunstancias, una de las mayores preocupaciones del gobierno de Putin en los últimos años reside en el expansionismo de la UE y la OTAN hacia el este, en un intento de los EE.UU. y Europa de impedir el resurgimiento de Rusia como actor geopolítico preponderante en los asuntos euroasiáticos. Varios autores reflexionan al respecto. “Desde su creación en 1949, la OTAN se propuso frenar el avance de la Unión Soviética. Pese a la disolución de la URSS, continuó con su política de debilitamiento de Rusia mediante la incorporación en su seno, entre 1999 y 2004, de varios países que integraban el Pacto de Varsovia” (Bachkatov, 2013, p. 63).

En este sentido, y en refuerzo de esta idea, Delanoé asevera “[...] Le preocupa a Rusia que los países que comparten con ella una historia común se unan al plan estratégico de la OTAN y se fundan económicamente en el molde de la UE. [...] Ucrania, vecina oriental de la UE y país fronterizo de Rusia, fue ubicada así en el eje de un desmembramiento geopolítico que despertó las polaridades este-oeste” (Delanoé, 2015, p. 32).



La expansión de la UE y la OTAN se exteriorizó, no solo sobre los Estados satélites que estuvieron bajo la égida rusa durante la Guerra Fría sino también sobre algunas ex repúblicas soviéticas; por ejemplo, con la incorporación a la UE de República Checa, Eslovaquia, los tres Estados bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, Hungría y Polonia en 2004, mientras que Bulgaria y Rumania lo hicieron en 2007. Estos mismos países se incorporaron a la Alianza Atlántica entre 1999 y 2004.

Por otra parte, en los círculos políticos de Moscú se percibió una participación “occidental” en las “revoluciones de color”, tanto en la Revolución Rosa de Georgia en 2003 como en la Revolución Naranja de Ucrania en 2004. Pero esa expansión pareció tener su límite en 2008. Ello explicaría la agresiva política de Moscú en la breve contienda con Georgia en agosto de ese año ante los intentos de incorporación de este pequeño país de Cáucaso a la OTAN y los actuales sucesos en Ucrania. Asimismo, estos intentos exitosos de Rusia, de evitar el avance atlantista sobre su esfera de influencia, se acompañaron de decisiones tales como “las reivindicaciones de la población de origen ruso de Ucrania Oriental, o ejerciendo medidas de fuerza como el corte temporal del suministro de gas natural a Ucrania, o la intervención armada a favor de los secesionistas de Osetia del Sur en el caso georgiano” (Méndez, 2011, p. 227). Además, no debe desdeñarse la consolidación de la Organización para la Cooperación de Shanghai, creada en 2001, que junto con China y las ex repúblicas soviéticas del Asia Central conforman una contención a la avanzada estadounidense sobre la periferia sur de Rusia, o de la Unión Económica Euroasiática<sup>2</sup> (en vigencia desde 2015 y originalmente junto a Bielorrusia y Kazajistán). Como contrapartida, la instalación de un escudo antimisiles estadounidense en Polonia (y de Rusia en Crimea) y de un sistema de radares en territorio checo, tensaron las relaciones diplomáticas entre Washington y Moscú, en un juego de incremento de tensiones permanente que ha tenido su última expresión en el conflicto sirio y continúa en el abierto campo ucraniano.

---

<sup>2</sup> Resulta interesante destacar que, en la actualidad, en Rusia hay una vuelta al pensamiento de Petr Savitsky (1895-1968), y su idea de Eurasia Heartland, a través de los postulados del controvertido geopolítico Alexander Dugin, perspectivas que reivindican enfoques geopolíticos de tipo euroasiáticos, a diferencia de posicionamientos paneslavistas, ambos en disputa a inicios del siglo XX. En aquellos se destaca, un tanto magnánimamente, el rol gravitacional de Rusia (“the middle kingdom”) en ese gran espacio telurocrático, como articulador con naciones islámicas (como Turquía e Irán), a diferencia de las talasocracias atlantistas. Rescata las raíces tártaras de Rusia, así como su herencia natural del imperio de Genghis Khan, trascendiendo las diferencias étnicas, religiosas y culturales. Por lo tanto, ese amplio “imperio” euroasiático hegemonizado por Rusia y del cual Europa sería un mero apéndice, conformaría en la actualidad un contrapeso multipolar del poder occidental y liberal.



A pesar de estas consideraciones, no deben desdeñarse las múltiples interrelaciones que, en el contexto de la globalización, poseen hoy los Estados, aun en aquellos que se presumen rivales, como el caso de las contradictorias relaciones entre Rusia y la UE, con Alemania a la cabeza. De hecho, la UE es en la actualidad, y más allá de las sanciones económicas por lo ocurrido en Ucrania, un socio comercial trascendental de Rusia, país que por su lado exporta grandes cantidades de gas y petróleo a Europa. Esta relación establece entre ambas partes un horizonte de “incómoda dependencia”. Los principales destinos de la exportación de petróleo crudo ruso, en base a datos del año 2009 indican que el 10% se comercializa con Alemania, el 21% con los países de la ex CEI y un 50% con el resto de Europa. Mientras que en el caso del gas natural, y según datos de 2007, Alemania es el destino del 16%, Ucrania del 27%, y el resto de Europa del 38% de las exportaciones rusas (Bachkatov, 2013). Estos porcentajes se han mantenido en números similares hasta la actualidad. Las reuniones bilaterales que mantienen la canciller alemana Angela Merkel y Putin (la última en agosto de 2018) no hace más que corroborar esta “incómoda dependencia”. Más allá de las sanciones europeas a Rusia y los reclamos de Merkel sobre la situación en Ucrania y Siria, en pos de solucionar ambos conflictos, queda claro el rol estratégico de Rusia en el abastecimiento del vital gas natural para las industrias europeas, y en particular, las alemanas, sobrados motivos por los cuales las relaciones bilaterales, a pesar de los diferendos geopolíticos, aún gozan de buena salud, configurando un complejo juego de tensiones y distensiones en los planos económico y geopolítico.

Méndez plantea también la importancia del sector energético como basamento de la recuperación rusa. En el apartado del capítulo 4 denominado “El regreso de Rusia al club de las grandes potencias”, el autor destaca que Rusia hizo de sus sectores estratégicos como el energético, pilares para la reconstrucción económica del país. La renacionalización de empresas como Gazprom, Transneft y Rosneft, sumado a otros sectores como el aeronáutico, naval, banca, etc., consolidó un crecimiento e incipiente nuevo desarrollo de la mano de los avances tecnológicos, que tiene en la energía (“superpotencia energética”) la base del incremento del PBI anual, a pesar de los vaivenes del precio internacional del petróleo y el gas natural (Méndez, 2011, p. 226).

## **2.2. ¿Ante el escenario de una “nueva guerra fría”?**

Un nuevo orden geopolítico mundial, caracterizado entonces por el multipolarismo que sucede a la ruptura del bipolarismo de gran parte del siglo XX y la irrupción de un breve

unipolarismo estadounidense, se consolida progresivamente a inicios de esta nueva centuria. Siglo XXI en el que aún en los Estados postsoviéticos, como Ucrania, no se ha podido resolver y quedan aún latentes dilemas de correspondencia a una Europa comunitaria o partidarios de una nostálgica pertenencia al gigante ruso. Por ello las expresiones de una “nueva guerra fría” o una “paz caliente” que remiten a una complejidad creciente en las relaciones geopolíticas internacionales difíciles de desentrañar por la manifestación de diversos intereses políticos y económicos.

En este sentido, el analista brasileño Emir Sader, sociólogo y politólogo, confirma la presencia de un proceso que denomina nueva guerra fría, entendida como “una nueva delimitación de campos internacionales de influencia y de sus límites para enfrentamientos abiertos. El estrechamiento de las alianzas entre Rusia y China, desde el punto de vista económico, político y militar, así como los acuerdos de los BRICS, han contribuido a configurar ese nuevo diseño geopolítico del siglo XXI. [...] Ahora esa resistencia se trasfiere hacia el campo geopolítico, llevando al mundo a un nuevo clima de guerra fría” (Sader, 2014). Por lo tanto, en este contexto, el Kremlin, no permitirá que Ucrania se convierta en la base de operaciones de sus adversarios.

De igual modo, Moniz Bandeira afirma, “los objetivos estratégicos de EE.UU. y la OTAN, consustanciados, entre otras cuestiones, en la ambición de un completo dominio sobre las reservas y las redes de gas y petróleo tanto en Eurasia como en Medio Oriente y el Norte de África, constituían el telón de fondo de la contienda en Ucrania, así como también de la guerra en Siria” (Moniz Bandeira, 2017, p. 201).

Sin embargo, existe una corriente analítica en los debates geopolíticos actuales que difiere en representar el actual estado de situación como de “nueva guerra fría”. Por ejemplo, Gabriel Merino sostiene que el mundo “avanza en un sentido de multipolarización relativa, en una puja de diversas cosmovisiones, crisis del orden mundial, transición histórica y crisis capitalista que expresa un conjunto de contradicciones estructurales de difícil resolución” (Merino, 2016, p. 10). Esta narrativa interpreta los actuales procesos de la realidad presente como una nueva forma de guerra mundial fragmentada, signada “por la agudización de las tensiones entre las fuerzas unipolares y las fuerzas que pretenden avanzar en un orden mundial multipolar no hegemonizado [...] Estas tensiones se expresan en la multiplicación de los escenarios bélicos en el mundo, las guerras comerciales y financieras, la creciente carrera armamentística, las crisis migratorias y las disputas en los foros internacionales” (Merino, 2016, p. 10).

Este marco encuentra a Rusia, recomponiéndose en el tablero global donde todavía conserva un amplio poderío militar y nuclear para nada desdeñable. China se ha aproximado claramente a la Rusia de Putin, no solo bajo el paraguas institucional del BRICS, bloque que ha incrementado sustancialmente su PBI con un sostenido crecimiento económico, que aglutina al 25% de la superficie del planeta y el 40% de la población mundial, sino que ese acercamiento se expresa en las mejores relaciones bilaterales sino-rusas. Ello comenzó a manifestarse con la solución de algunos diferendos fronterizos, la realización de maniobras militares conjuntas en el Pacífico, la provisión de hidrocarburos rusos al gigante asiático y el estrechamiento de estrategias conjuntas en el marco de la Organización de Cooperación de Shanghai<sup>3</sup>. En este sentido, Chomsky abona la teoría de proximidad entre China y Rusia: “Asia tiene grandes recursos; la confrontación actual con Rusia está empujando al Kremlin a tener relaciones más cercanas, más estrechas con China, siendo China el poder dominante y Rusia menos. Pero es como un desarrollo natural, por así llamarlo. La parte oriental de Rusia tiene grandes recursos, minerales, petróleo, etc. Y eso podría permitir acercar aún más a China y Rusia. Uno puede ver una suerte de sistema eurasiático o eurásico, con mejores vínculos, más estrechos” (Chomsky, 2015, p. 30).

Ahora bien, en este cuadro de situación no se puede soslayar la cuestión del petróleo, aunque sea brevemente, como una carta geopolítica jugada sobre la mesa estratégica global. El precio del crudo que hacia 2014 excedía claramente los U\$S 100 por barril, bajó abruptamente a inicios de 2015 a U\$S 50, despertando las alarmas de los países productores, muchos de ellos que basan sus exportaciones y gran parte de su PBI en los hidrocarburos. En este marco, hay analistas críticos que ven una jugada geopolítica para perjudicar a países productores como Rusia, por ejemplo, además de otros como Venezuela o Irán. Otros, más conservadores, sostienen que las causas principales son “la frágil recuperación de la economía mundial, cuotas de producción en la OPEP por encima de la demanda y, sobre todo, los petroleros de Texas y Dakota del Norte, que, desde 2010, han perforado posiblemente más de 20.000 nuevos yacimientos, diez veces más que Arabia Saudí. La producción estadounidense de petróleo ha aumentado en

---

<sup>3</sup> Al respecto Merino (2016) afirma sobre la consolidación de un eje estratégico Moscú-Beijing en el marco de un enfrentamiento con Occidente: “En este escenario, se aceleran los acuerdos entre China y Rusia para construir un nuevo eje de poder [...] se acelera la creación de una nueva institucionalidad internacional desde las fuerzas emergentes.” (Merino, 2016, p. 26-27).

cuatro años en más de un 30%, situándose a finales de 2014 en unos nueve millones de barriles diarios, apenas un millón menos que Arabia Saudí” (Sahagún, 2015, p. 21). De cualquier manera el impacto de los bajos precios se siente con fuerza debido a la permanencia de la tendencia, aún con una leve suba. Los beneficiados en el corto plazo parecen ser los grandes importadores, mientras que los grandes perjudicados de esta guerra energética son los países productores y las empresas petroleras que vieron caer sus márgenes de ganancias.

Esta situación en Rusia, además de las complicaciones que llevaron a la devaluación de su moneda, el rublo, concluyó en una contracción de la economía en torno a un 4,5% con un barril rondando los U\$S 60, lo que exigiría a Moscú ajustes en su economía o solicitar ayuda externa complicando su panorama geopolítico (Sahagún, 2015). En igual sentido se manifiesta Moniz Bandeira; la vertiginosa caída del precio del crudo y el derrumbamiento del rublo podría haber sido una jugada de EE.UU. destinada a castigar la economía rusa en represalia por la anexión de Crimea y el intervencionismo de Putin en Siria. Esas maniobras concretas provocarían quebrantos cercanos a 140.000 millones de dólares, lo que representa un decremento del PBI en un 5% para el año 2015 (Moniz Bandeira, 2017, p. 223-224).

### 3. UCRANIA EN EL CENTRO DE LA ESCENA

#### 3.1. Un breve marco histórico-político de la Ucrania reciente

Ucrania es un Estado de poco más de 44 millones de habitantes repartidos en 603.000 km<sup>2</sup> que alcanzó su independencia en 1991 durante el proceso de disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), es decir, formó parte del grupo de las 15 repúblicas federadas a la URSS.

Si bien tuvo breves periodos como entidad independiente a lo largo de su historia, y sobrellevó embates y concertó alianzas con sus vecinos, sufrió en la época del imperio zarista un fuerte proceso de “rusificación”. Durante el siglo XX, más precisamente en 1954, la península de Crimea fue incorporada a la república soviética ucraniana, aunque tal decisión tomada por el gobierno de Nikita Krushev, no tuvo mayor significatividad pues todo el territorio estaba bajo dominio de la URSS.

Estas vicisitudes hacen de Ucrania un país diverso, con componentes étnicos importantes, entre los que se destaca población rusa y tártara, y una decena de etnias minoritarias que por sí solas no alcanza cada una el 1% de la población, aunque

demuestra una cierta multiplicidad étnica. En consideraciones de una periodista española, Pilar Bonet, Ucrania es un “país bipolar”, con un predominio ruso en su sector oriental y otro europeo en el oeste: “[Ucrania] es una suma de territorios con distintas biografías históricas y distintas influencias exteriores, las cuales se superponen, se entrelazan y se disuelven a lo largo de los siglos. [...] La influencia del imperio Austrohúngaro y del imperio zarista se refleja en los dos mundos culturales que predominan en la Ucrania de hoy. [...] También los idiomas dividen a Ucrania. El idioma ucranio se benefició de la diversidad aceptada en los territorios del imperio austrohúngaro y fue reprimido por la política zarista. De ahí que en los territorios del oeste el idioma ucranio sea predominante, y en el este lo sea el ruso” (Bonet, 2014). El territorio bajo dominio de Kiev era notoriamente nacionalista en la parte occidental, en la cuenca derecha del río Dnieper. En cambio, las regiones prorrusas orientales de Donetsk y Lugansk, más ricas que el resto del país y con fuertes lazos con Rusia, tienen una población predominantemente rusoparlante, al igual que en Crimea, lugar donde los habitantes de habla rusa son claramente mayoritarios. “A pesar de la homogeneización que había impuesto la etapa soviética, y de los esfuerzos por imponer la lengua ucraniana desde la independencia, existía una dualidad del uso de las lenguas” (Ortega Carcelén, 2015, p. 62).

Desde el punto de vista político, la Ucrania post-soviética atravesó por periodos de crisis y alternancias. En el decenio comprendido entre los años 1994 y 2004 presidió el país Leonid Kuchma, cuyo gobierno terminó en la denominada Revolución Naranja que elevó al poder al líder prooccidental Víktor Yúshchenko, quien gobernó hasta 2010. En este año, luego de celebrarse las elecciones, ascendió al máximo cargo el hasta hace un tiempo presidente, el prorruso Víktor Yanukóvich.

Un dato no menor es que en este contexto surgiera la figura de Yulia Timoshenko, primera ministra durante dos etapas del gobierno de Yuschenko e intensamente cercana a las posiciones de la UE y la OTAN. Activa partícipe de la Revolución Naranja de 2004 estuvo detenida entre 2011 y 2014, cuando fue liberada, tras la renuncia del presidente Yanukovich y su partida a Rusia, luego de las protestas del Euromaidán. Estos vaivenes políticos fueron extremos tras la independencia, y “esa bipolaridad se reflejó en los sucesivos presidentes [...], que muchas veces intentaron un compromiso entre las diversas influencias y en ellos se jugaba la orientación del gobierno del país” (Ortega Carcelén, 2015, p. 62), pues desde su independencia los distintos gobiernos

oscilaron entre los sectores prooccidentales partidarios de un acercamiento a la Unión Europea y la Alianza Atlántica y los prorrusos cercanos a Moscú.

La situación de Ucrania en el escenario mundial tuvo como hecho destacado las manifestaciones que comenzaron a efectuarse en noviembre de 2013 cuando en la Plaza (Maidán) de la Independencia de Kiev se iniciaron las protestas ante la suspensión de la firma del Acuerdo de Asociación y el Acuerdo de Libre Comercio entre Ucrania y la UE. En realidad, el acuerdo había sido suscripto en el mes de marzo de 2013 pero una serie de dilaciones por parte del gobierno de Yanukovich provocó la no ratificación del mismo y el inicio de las protestas. Moniz Bandeira, incluso, concede mayor peso a la dimensión económica de esta decisión, más allá de la clara relevancia geopolítica. Ucrania soportaba una crisis económica profunda que se manifestaba en el escaso crecimiento económico, el déficit de su balanza de pagos y el alto desempleo. Rusia constituía un mayor respaldo al gobierno de Yanukovich, que las promesas europeístas pudieran compensar. El ofrecimiento por parte de Putin de la compra de valores (bonos y obligaciones) por 15 mil millones de dólares junto al establecimiento de un nuevo precio para las exportaciones de gas, que significaban un descuento del 33% y que le permitía a Ucrania un ahorro de 3,5 mil millones de dólares anuales (Moniz Bandeira, 2017, p. 193).

Mientras tanto, las manifestaciones en Kiev tuvieron un marcado carácter proeuropeísta, de allí la denominación de Euromaidán. Los sectores prooccidentales lograron imponer sus intereses, el presidente Yanukovich dejó el poder y se exilió en Rusia, país que calificó a la situación como un Golpe de Estado. Es que Rusia tenía un gran aliado en Yanukovich, a tal punto de ofrecerle “rebajas en productos energéticos (gas y petróleo) y préstamos para evitar la quiebra del estado ucraniano. Es decir, un rescate ruso de Ucrania. Como todo rescate, con condiciones, esta vez esencialmente de carácter geopolítico. Rusia está buscando afianzar su periferia y construir de alguna manera un espacio postsoviético. Incluso más allá, la crisis está haciendo a Rusia ganar peso en su entorno” (Ortega Klein, 2014, p. 50-51).

Las elecciones celebradas en mayo de 2014 coronaron como nuevo (y actual) presidente a Petro Poroshenko, quien se hizo cargo del poder en el mes de junio. Su gobierno se inició signado por el enfrentamiento con Rusia, la pérdida de Crimea, las dificultades de la economía nacional y las intenciones de acercamiento hacia la UE.

En este escenario, “Ni Rusia ni Occidente estaban preparados para la escalada de la crisis. Occidente no previó la anexión de Crimea por Rusia y el presidente ruso, Putin,

no anticipó el golpe contra el Gobierno de Yanukóvich. [...] Son tantos los intereses en juego para el equilibrio y el mapa europeo, y tan grave el impacto potencial, [...] que la crisis de Ucrania se ha convertido, por delante incluso de Oriente Medio, en la prioridad de Europa en 2015 y, seguramente, en los años siguientes” (Sahagún, 2015, p. 7-8).

Estas palabras de Felipe Sahagún, analista del IIEE, muestran a las claras la complejidad de la situación y las distintas movidas que las potencias globales juegan en esta nueva partida en la que se evidencian las intencionalidades de cada uno de ellos, sobre un territorio, Ucrania, que ya el analista conservador estadounidense, de origen polaco, Zbigniew Brzezinski calificaba como uno de los cinco pivotes geopolíticos de Eurasia.

### **3.2. El conflicto en el este de Ucrania**

El conflicto actual que se desarrolla en el este de Ucrania adquiere relevancia a nivel internacional debido a los fuertes intereses que demuestran las grandes potencias globales en una región de encrucijada, clave en la visión de los geopolíticos clásicos, a orillas de la región pivote (“pivote area”) o de la heartland euroasiática (“tierra corazón” o “corazón continental”) concebida a inicios del siglo XX por el geógrafo y geopolítico imperialista británico Halford Mackinder.

Por lo tanto, en este conflicto, no solo se expresan variables internas sino también una serie de factores externos que se interrelacionan para hacer de éste, un enfrentamiento con fuertes implicancias geopolíticas mundiales.

La anexión de Crimea por parte de Rusia, luego de un referéndum celebrado en marzo de 2014, y los posteriores enfrentamientos en el este de Ucrania, específicamente en las provincias de Lugansk y Donetsk, fueron los hechos más destacados que sucedieron a una serie de acontecimientos desarrollados en el año precedente.

Los acontecimientos desarrollados en la Plaza de la Independencia de Kiev bajo el nombre de Euromaidán reflejaron el rechazo de un sector de la población ucraniana a la no ratificación de los acuerdos de asociación y libre comercio de Ucrania con la Unión Europea (UE). Como contrapartida, las poblaciones rusoparlantes del este ucraniano comenzaron a manifestarse ante la deposición del presidente Yanukovich, circunstancia que agravó delicadamente la situación hasta los conflictos armados posteriores. Como consecuencia de ellos, se produjeron inicialmente más de 6.000 muertos, un millón de personas desplazadas de sus hogares y 600.000 que buscaron asilo en países vecinos, principalmente en Rusia, en una confrontación civil sin visos de terminar en el corto



plazo ni dimensionar los reales alcances de su desenlace en las relaciones geopolíticas internacionales. Además, en 2015 la “población civil no sólo se vio directamente afectada por las hostilidades, sino también por otras medidas como la decisión del Gobierno ucraniano de suspender el financiamiento estatal en las áreas consideradas rebeldes, en un intento por evitar que los recursos cayeran en manos de las fuerzas insurgentes. La medida dejó en una situación de grave vulnerabilidad a miles de personas, en especial a menores de edad, personas ancianas y dependientes de las ayudas sociales” (Escola de Cultura de Pau, 2015, p. 36).

Las manifestaciones prorrusas en el este ucraniano, compuestas por lo que se conoce como comunidades rusófilas, es decir, aquellas conformadas por población de origen étnico ruso y por aquellos ucranianos de habla rusa, continuaron profundizándose. El nuevo gobierno proeuropeísta de Kiev fue desconocido por estos sectores, los que desencadenaron una serie de revueltas, incluidas las de la península de Crimea. El corolario de las protestas fue el referéndum del mes de marzo de 2014 en el que el 96% de los crimeos votó por la modificación del estatus político de la península. Como resultado de ello, se proclamó la República de Crimea que días más tarde se anexionó como república autónoma, junto a la ciudad autónoma de Sebastopol, como territorios federales de Rusia, episodio no avalado por la ONU.

Si bien el escenario de crisis política ocasionado en Ucrania comenzaba a preocupar a los países vecinos, a la UE y a las principales potencias del globo como los Estados Unidos y China, esta estratégica jugada geopolítica de Rusia tomó por sorpresa al mundo entero por su carácter imprevisto y sus consecuencias imprevisibles. La partición territorial de Ucrania, con la separación de Crimea y su anexión a la Federación Rusa, abrió una nueva etapa, la punta del iceberg de una nueva era de tensiones y conflictos en las relaciones internacionales y modificaciones en el orden geopolítico mundial, cuya expresión en el continente europeo es hoy Ucrania y la guerra civil que se está desatando en sus territorios del este.

Respecto a la península de Crimea, una parte inalienable a criterio de Rusia, ya que a lo largo de la historia tuvo un vínculo estrecho con Moscú, cabe destacar que allí se encuentra una base militar rusa, bajo un régimen jurídico especial mientras perteneció a Ucrania. Crimea es, entonces, un territorio de importancia geoestratégica para los rusos, pues constituye su presencia en el mar Negro y la puerta de acceso al Mediterráneo. Estos hechos provocaron la peor crisis diplomática entre el eje UE-EE.UU. y Rusia desde la caída de la Unión Soviética. Además, las tensiones se incrementaron con el

envío por parte de Rusia de tropas a la frontera y la provisión de material bélico y de fuerzas terrestres al este de Ucrania para apoyar a los sectores separatistas. Por otra parte, los ejercicios militares conjuntos de algunos países miembros de la OTAN encabezados por EE.UU., más el envío de embarcaciones de guerra al mar Negro, aumentaron la incertidumbre en los primeros momentos de la disputa.

La perspectiva europeísta de la cuestión puede graficarse en las manifestaciones del analista español Ortega Carcelén. “Todos los observadores coinciden en afirmar que el uso de la fuerza armada ocurrido en Ucrania durante 2014 fue el más grave vivido en el continente europeo desde las guerras de los Balcanes en la década de 1990. Como aquellos conflictos, este más reciente necesitará largo tiempo y muchos esfuerzos para superarse” (Ortega Carcelén, 2015, p. 41). Esta afirmación demuestra visiblemente la preocupación que alcanzó en Europa y el mundo los acontecimientos sucedidos a partir de 2014 en el este de Ucrania, con el comienzo de una guerra civil que al día de hoy no presenta atisbos de finalización ni un panorama claro de su desenlace, y que amenaza con afectar aún más la integridad territorial de Ucrania, conmovida ya por la separación de Crimea y su anexión a Rusia.

Los hechos acaecidos en abril de 2014, aproximadamente un mes después de la escisión de la península, se caracterizaron por el inicio de combates en la región del Donbass (castellanizado Dombás), acrónimo derivado de Donetsk Bassin, es decir cuenca del río Donéts o Donetsk. Esta área presenta un potencial destacado, desarrollado ya durante la época zarista, sobre la base de unos recursos naturales importantes, “como el carbón (10° productor mundial), hierro (6° productor mundial) y manganeso. La industria del acero (8° productor mundial) representa el 25% de la producción industrial y el 40% del valor de las exportaciones. Se distinguen dos núcleos industriales importantes: al este, con Donetsk, ciudad del acero (37% de la producción de la ex CEI), y Lugansk, con material ferroviario” (Azcárate Luxán, 2013, p. 170-172).

Las provincias (*oblasts*) que se configuraron como espacio de los enfrentamientos son Donetsk y Lugansk, en el extremo oriental ucraniano. En estas jurisdicciones comenzaron las protestas de los sectores prorrusos contra el nuevo gobierno de Kiev liderado por Poroshenko. El conflicto armado progresó gravemente cuando facciones armadas separatistas con apoyo de paramilitares rusos se enfrentaron a las fuerzas armadas ucranianas. En este contexto, la contienda escaló después de la autoproclamación de la República Popular de Donetsk y la República Popular de Lugansk, luego de sendos referéndum, desconocidos por Ucrania, en los que

participaron la mayoría de la población, marcadamente rusófila. Seguidamente, se conformaría entre ambas el Estado de Nueva Rusia (*Novorussia*).

A partir de estas circunstancias, “[...] la acción exterior de la UE condenó la anexión de Crimea a Rusia y los movimientos separatistas en el este, lo que llevó a establecer sanciones económicas a Rusia. Las tensiones [...] pueden ser de largo plazo, ya que la realidad social de Ucrania está dividida y es muy difícil mantener su integridad territorial” (Ortega Carcelén, 2015, p. 39). Por su parte, la administración Obama, no solo acompañó con sanciones de tipo económicas, sino también políticas como la exclusión de Rusia del G-8, grupo de los ocho países más industrializados del mundo. Asimismo, un grave incidente acrecentó las incertidumbres en la región en el mes de julio de 2014, cuando se produjo el derribo de un avión civil malasio de la ruta aérea Ámsterdam a Kuala Lumpur que sobrevolaba la región de Donetsk, en el que murieron sus 298 ocupantes (pasajeros y tripulación, incluyendo 145 holandeses), supuestamente por un misil disparado desde zona bajo control rebelde. Ante la tragedia y conmoción internacional, ambas partes beligerantes (Kiev y los rebeldes), se acusaron mutuamente de derribar la aeronave.

En septiembre de aquel año, luego de la acción y presión internacional para llegar a un compromiso, se logró firmar un acuerdo de alto el fuego, que luego fue violado, conocido como Protocolo de Minsk, por haberse firmado en la capital bielorrusa. Posteriormente a inicios del año siguiente se firmaría un nuevo acuerdo conocido como Minsk II<sup>4</sup>. Según el historiador Igor Delanoe, este acuerdo, firmado por Rusia, Ucrania y las repúblicas autoproclamadas “prevé el establecimiento de un cese al fuego, el mantenimiento de la integridad territorial de Ucrania (Crimea no es mencionada) y una reforma constitucional que tiene como principal compromiso la descentralización” (Delanoe, 2015, p. 32). Además, “es el producto de los temores europeos, tanto de un conflicto importante sobre el continente como del colapso político y económico que amenaza a Ucrania” (Delanoe, 2015, p. 33).

La preocupación de la OTAN se manifestó claramente en la cumbre desarrollada en Cardiff, Gales, en el mes de septiembre de 2014, donde se realizó “una fuerte condena a

---

<sup>4</sup> En Ucrania, durante los meses iniciales de 2015 se asistió a una grave escalada de violencia, que forzó negociaciones internacionales de emergencia y resultó en la firma del mencionado acuerdo de Minsk II. Las negociaciones de urgencia se dieron en el marco del Cuarteto de Normandía (canciller alemana Angela Merkel; presidente francés François Hollande; presidente ucraniano Petro Poroshenko; presidente ruso Vladimir Putin) y del Grupo Trilateral de Contacto, con participación de los representantes de las autoridades de Donetsk y Lugansk (Escola de Cultura de Pau, 2016: 180).

Rusia por su ilegal intervención militar en Ucrania, por la anexión de Crimea, por la violencia e inseguridad generada en la región que amenazan las reglas del orden mundial y la seguridad euroatlántica, pudiendo tener estos acontecimientos efectos a largo plazo en la estabilidad de la región del Mar Negro” (Sánchez Herráez, 2014, p. 10). En este mismo sentido, la percepción generalizada en los círculos políticos se planteaba la necesidad de ampliar la influencia de la OTAN en Europa central y oriental, entre otras regiones, teniendo a una Europa más fuerte y consolidada, y un EE.UU. sobre el que no caiga la mayor responsabilidad de las acciones (Sahagún, 2015).

Como contrapartida, Putin firmó en diciembre de 2014 una “nueva doctrina militar, que considera el avance de la OTAN y el despliegue en Europa del sistema antimisiles de Estados Unidos como uno de los principales peligros para la seguridad nacional. A pesar de los nuevos desafíos que suponen los cambios geoestratégicos en el entorno de Rusia debido tanto al reforzamiento de la Alianza Atlántica como a la pérdida de exaliados (Ucrania, por ejemplo), [...] el documento no incluye la posibilidad de un ataque nuclear preventivo y solo contempla el uso de armas atómicas como respuesta (Fernández, 2014).

Posteriormente, ante un Putin insistente bajo una política de hechos consumados en Ucrania, disminuye la intensidad de Estados Unidos en la intervención sobre el conflicto de Ucrania. Washington desiste del uso de la fuerza (como en los casos de la OTAN interviniendo en Libia en 2011 o Siria), para ahondar junto a la UE en ofensivas diplomáticas y sanciones económicas con el objetivo de debilitar la economía rusa. “Obama entendió que Ucrania (como Georgia) es parte de los intereses vitales de Rusia, que Moscú tiene ventaja en esa área y que, por lo tanto, la mejor opción para Estados Unidos era llegar a acomodos progresivos por otros medios distintos a la fuerza. [...] Putin sabía que EE.UU nunca iría a la guerra por Ucrania, Obama sabía que Putin no traspasaría ciertos límites. Aquí la doctrina Obama se manifestó bajo un esquema de acción “realista” (Palacio de Oteyza, 2017, p. 57). Al respecto, “es preciso subrayar que Europa ya ha adoptado de por sí una actitud muy prudente respecto a Kiev, renunciando expresamente a atraer a Ucrania a una “esfera de influencia europea”, descartando una futura membresía en la UE, o a implicarse en su seguridad (Palacio de Oteyza, 2017, p. 65).

A cuatro años del inicio de las protestas, los combates aún continúan en la región del Donbass. El deterioro y la destrucción de la infraestructura son multimillonarios. La

población civil se convierte, como en todo conflicto bélico, en el sector más vulnerable, con más de 10.000 fallecidos, miles de desplazados y otros tantos refugiados en Rusia. Las ciudades del este del país se convirtieron en espacios a conquistar en el marco de la lucha entre las fuerzas gubernamentales y milicias pro-rusas. Lugansk, Sloviansk, las ciudades portuarias de Mariupol y Novoazovsk, o la ciudad industrial de Donetsk (la disputa por el emblemático aeropuerto de la ciudad quedó totalmente en ruinas) fueron algunos de los principales escenarios de combates y de la pugna por asegurar el control de infraestructuras clave (Escola de Cultura de Pau, 2015, p. 42).

La periferia rusa, por lo tanto, se ha convertido en escenario de enfrentamientos que demuestran las disputas de intereses entre Rusia y el bloque occidental representado por los Estados Unidos y la UE. En este sentido, Ucrania se transformó en el centro de las luchas geopolíticas entre un expansionismo “occidental” y los intentos rusos por mantener bajo su esfera de influencia a un actor clave en el armado geoestratégico de la región.

#### 4. A MODO DE CIERRE

El conflicto de Ucrania se caracteriza en la actualidad por largos momentos de distensión y violentas escaladas. En términos generales, cabe destacar que la mayoría de los conflictos actuales cuentan con una dimensión de internacionalización vinculada a elementos como los desplazamientos de población a causa de la violencia, el tráfico de armas y recursos, el respaldo de países vecinos a alguna de las partes en disputa o por la participación de combatientes extranjeros. Para el caso de la crisis en Ucrania, “sus consecuencias son el incremento de las tensiones entre Rusia y Occidente, cuyas relaciones evolucionaron a su peor nivel desde la época de la Guerra Fría” (Escola de Cultura de Pau, 2015, p. 16).

De todas maneras, la violencia continúa manifestándose recurrentemente. Pese al acuerdo de alto el fuego firmado en 2015 y las negociaciones llevadas a cabo por el Grupo Trilateral de Contacto (OSCE, Rusia y Ucrania), en el este del país continuaron los combates entre fuerzas separatistas y gubernamentales. Según el informe anual de la ONG Amnistía Internacional en base a datos de diversas fuentes, y en particular de la Misión de Observación de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ucrania el número de víctimas mortales, tanto entre las fuerzas combatientes como en la población civil superaba la barrera de las diez mil personas (10.225, entre ellas 2.505 civiles). De

igual modo, “en las zonas afectadas por el conflicto, el aumento de la pobreza y el desempleo, sumado a los precios astronómicos de los alimentos, había trastornado la vida de 3,8 millones de personas”, (Amnistía Internacional, 2018, p. 444). Además, se documentaban casos de violencia sexual en el marco del conflicto, fundamentalmente ejercida contra mujeres detenidas tanto por fuerzas gubernamentales como por los grupos armados. Asimismo, los desplazamientos acumulados hasta la fecha, según cifras oficiales de Acnur, se contabilizaban en más de 1,7 millones de civiles. Desde el plano económico, Ucrania aún intenta recuperar el sendero del crecimiento. De hecho, al año siguiente del inicio de los combates, el conflicto ya impactaba drásticamente en la economía nacional. 2015 finalizó para Ucrania con una caída de su PBI en torno al 10%.

Si bien en los últimos dos años se ha asistido a una disminución de la violencia y de los combates, y como consecuencia de las víctimas fatales y del número de desplazados, no se han demostrado avances en las negociaciones y tratados de paz, y la violencia sigue latente, con constantes violaciones a los “alto el fuego” ante la indefinición de cuestiones estructurales tanto para Ucrania como para Rusia.

Desde una perspectiva estrictamente geopolítica, a pesar de la complejidad del conflicto, se pueden discernir algunas dimensiones para lograr una explicación de los acontecimientos. Ucrania constituye un Estado estratégico para el continente euroasiático. Muestra cabal de ello han sido las políticas expansionistas de la OTAN y la UE hacia los territorios de la ex URSS. Algunos, tal el caso de los países bálticos, se han incorporado a dichos bloques. Pero los ejemplos de Georgia en 2008 o Ucrania en la actualidad demuestran fuertes tensiones que desembocaron en conflictos armados e impidieron los intentos de expansión. Los factores endógenos, derivados de la diversidad étnico-cultural y socio-económica de Ucrania contribuyen a complejizar este territorio de encrucijada que se dirime hoy en un cruento enfrentamiento interno.

Mientras tanto, la UE deberá definir si en el marco del multipolarismo, decide cobrar un verdadero rol importante o si quedará supeditada a una subordinación relativa de Estados Unidos en materia geopolítica.

Asimismo, las tensiones entre Estados Unidos como potencia hegemónica en discusión, liderando la OTAN y acompañado por la UE, y los nuevos actores emergentes como China o Rusia, en proceso de recuperación tras el colapso de la URSS, constituyen hoy los protagonistas de una nueva guerra fría que se desarrolla sobre el mundo a modo de un tablero de ajedrez global.

Cada conflicto, cada intervención, cada decisión sobre los territorios conforman una movida estratégica con el fin de consolidar los intereses de cada potencia sobre los territorios en disputa. En este caso, el conflicto de Ucrania, un país bipolar desde lo político y diverso culturalmente, continúa una zaga de guerras alrededor del planeta, con Oriente Medio en su máxima expresión. Ucrania, transcurriendo ya la segunda década del siglo XXI es en la actualidad el escenario de tensiones y beligerancias entre las potencias hegemónicas que se acomodan al compás de los vaivenes geopolíticos, económicos y sociales que caracterizan al mundo contemporáneo, en el marco de un multipolarismo del que ya no quedan dudas.

## 5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y FUENTES

- Agnew, J. (2005). *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.
- Agulló, J. y Bruckmann, M. (2018). Seminario Virtual de CLACSO: “Historia del pensamiento geopolítico”. Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales. Espacio de Formación Virtual. Recuperado de: <http://clacsovirtual.org/course/view.php?id=294>
- Amnistía Internacional (2018). Informe anual 2017/2018. La situación de los derechos humanos en el mundo. Recuperado de: <https://www.amnesty.org/download/Documents/POL1067002018SPANISH.PDF>
- Azcárate Luxán, B. y otros (2013). *Geografía Regional del Mundo*. Madrid: UNEDE.
- Bachkatov, N. (2013). La diplomacia de los hidrocarburos. *Revista Explorador Le Monde Diplomatique: Rusia 4*, pp. 61-63. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero de ajedrez*. Barcelona: Paidós.
- Chomsky, N. (2015). “Contra el imperio de la vigilancia”. Entrevista de Ignacio Ramonet. *Diario Le Monde Diplomatique*, pp. 28-31, N° 190, abril 2015. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Delanoë, I. (2015) “Ucrania entre la guerra y la paz”. *Diario Le Monde Diplomatique*, pp. 32-33, N° 189, marzo de 2015. Buenos Aires.
- Escola de Cultura de Pau. Universitat de Barcelona. *Alerta 2015! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*. Barcelona: Icaria, 2015.
- Escola de Cultura de Pau. Universitat de Barcelona. *Alerta 2016! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*. Barcelona: Icaria, 2016.



Fernández, R. (2014). Rusia apunta a Estados Unidos y la OTAN en su nueva doctrina militar. *Diario El País*, 26/12/2014. Recuperado de [http://internacional.elpais.com/internacional/2014/12/26/actualidad/1419586305\\_075579.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2014/12/26/actualidad/1419586305_075579.html)

Kagarlitski, B. (2014). El modelo Putin: de la normalización política a la crisis de Ucrania, *Revista Nueva Sociedad*, N° 253, septiembre-octubre de 2014. Recuperado de: <http://nuso.org/articulo/el-modelo-putin-de-la-normalizacion-politica-a-la-tesis-de-ucrania/?page=1>

Levesque, J. (2013). Rusia regresa a la escena internacional, *Diario Le Monde Diplomatique*, pp. 20-21, N° 173, noviembre de 2013. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Méndez, R. (2011). *El nuevo mapa geopolítico del mundo*. Valencia: Tirant Lo Blanch.

Merino, G. y Rang, C. (coords.) (2016). *¿Nueva guerra fría o guerra mundial fragmentada?* Posadas: EDUNAM-Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones.

Moniz Bandeira, L. A. (2017). *El desorden mundial. Estados Unidos y su proyección de dominio total*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Narodowski, P. y Merino, G. (2015). “La agudización de las tensiones globales. Análisis de la crisis del orden unipolar y los conflictos geoestratégicos desde una perspectiva centro-periferia”, en *Estudios Socioterritoriales*, N° 18, agosto-diciembre de 2015.

Ortega Carcelén, M. (2015). *Panorama Estratégico 2015 del IEEE*, pp. 39-68. Madrid: Ministerio de Defensa. Recuperado de:

[http://www.ieee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama\\_Estrategico\\_2015.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama_Estrategico_2015.pdf)

Ortega Klein, A. (2014). *Panorama Estratégico 2014 del IEEE*, pp. 39-68. Madrid: Ministerio de Defensa. Recuperado de:

[http://www.ieee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama\\_Estrategico\\_2014.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama_Estrategico_2014.pdf)

Palacio de Oteyza, V. (2017). “Estados Unidos: de Obama a Trump. Un giro estratégico de 180 grados”. En *Panorama Estratégico 2017 del IEEE*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Sader, E. (2014). *¿De una guerra fría a otra?* Recuperado de:

<http://www.alainet.org/es/active/79713>

Sahagún, F. (2015). *Panorama Estratégico 2015 del IIEE*, pp. 7-36. Madrid: Ministerio de Defensa. Recuperado de:

[http://www.iiee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama\\_Estrategico\\_2015.pdf](http://www.iiee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama_Estrategico_2015.pdf)

Sánchez Herráez, P. (2014). Gales: ¿Nueva cumbre de la OTAN o la OTAN de nuevo en la cumbre? Recuperado de:

[http://www.iiee.es/Galerias/fichero/docs\\_analisis/2014/DIEEEA52-2014\\_Gales\\_Cumbre\\_OTAN\\_PSH.pdf](http://www.iiee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2014/DIEEEA52-2014_Gales_Cumbre_OTAN_PSH.pdf) (fecha de consulta 10/07/2015)

Stefanoni, P. (2014). “El sistema Putin” en Dossier “El regreso de Rusia”. *Diario Le Monde Diplomatique*, pp. 22 y 23, N° 186, diciembre de 2014. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Zajec, O. (2014). La nueva guerra fría (dossier). *Diario Le Monde Diplomatique*, pp. 22-26, N° 178, abril de 2014. Buenos Aires: Capital Intelectual.